

Cortadoras de pasto y niños

Me parece que difícilmente haya algo más complicado que las cortadoras de pasto y los niños. Nunca ha habido algo más difícil de entender o hacer funcionar. Nunca ha habido algo más exasperante o que le pruebe a uno la paciencia.

Hubo un tiempo cuando podía arreglar casi cualquier cosa en mi automóvil. Cambiaba tambores de freno, armaba engranajes, instalaba válvulas y reacondicionaba carburadores. Esto fue hasta hace unos años atrás, cuando los fabricantes comenzaron a usar sistemas de inyección de combustible y computadoras. Ahora tengo que llevar mi vehículo al taller mecánico para que lo reparen.

Pero igual que un viejo modelo "T", una cortadora de pasto tiene un motor pequeño y simple. Ud. sólo tiene que tirar de la cuerda y comienza a funcionar. Si no arranca, es porque tiene demasiado cerrado el carburador o está demasiado abierto. Si el paso de nafta esta bien y todavía no quiere arrancar, entonces falta chispa o combustible. Todo esto no ofrece ninguna complicación. Y si esto es así, ¿por qué he estado por horas, día tras día, año tras año, sacando ambos brazos fuera de sus coyunturas tratando de hacer funcionar mi cortadora de pasto?

**Como educadores,
asumimos una
trascendente
responsabilidad cuando
tratamos con esas
pequeñas mentes,
corazones y sentimientos.**

Tengo un docente colega amigo mío que tiene un doctorado terminado y una esposa que trabaja. No tienen chicos. Así que en términos comparativos, como obreros adventistas, ellos son ricos. El compró una nueva cortadora de pasto. Tiene un motor de ocho caballos de fuerza y un asiento, de modo que mi amigo puede estar sentado mientras corta el pasto. Tiene luces, de manera que ello le permite cortar su césped de noche. Tiene un colector de hierba, así que no le toca rastrillar el césped una vez cortado.

Don L. Weatherall

El colega llevó la máquina a su casa y llenó el tanque con combustible. Luego de haber cortado la mitad del césped, la máquina se detuvo. Se fijó en el combustible y la chispa, pero aún cuando no faltaban, la máquina no funcionaba. Llamó a la compañía. Le preguntaron si la cuchilla y la cortadora estaban trabadas, si no tenía gasolina y si el arranque estaba apagado. El les dijo, "Probé todas esas cosas pero no arranca."

Le dijeron, "Pero mire que esa máquina está recién salida de la fábrica."

Y el les dijo, "Ya sé. Es por eso que los estoy llamando."

Entonces le dijeron, "No podemos ir a buscarla porque estamos trabajando en otras máquinas que tampoco quieren arrancar."

Mi amigo les dijo, "Tengo un doctorado, una esposa que trabaja y no tenemos hijos, de modo que dispongo de dinero y puedo alquilar una camioneta. Les voy a llevar la máquina."

Tres días después regresó a la empresa. Le mostraron lo que habían encontrado en el tanque de nafta—combustible con algo de agua, herrumbre y otras impurezas. El dijo, "Después de todo, se trataba de tan sólo una pequeñez."

Y le contestaron, "Lo que Ud. tiene es un pequeño motor con su tanque de nafta y no necesita demasiadas impurezas para

terminar arruinado”.

Esta larga historia ilustra una breve lección: “Pocas impurezas pueden arruinar un pequeño motor.”

Como docentes Adventistas no trabajamos con motores pequeños. No martillamos clavos en paneles o reparamos cañerías con goteras. Nosotros trabajamos con pequeñas mentes jóvenes, de manera que debemos ser cuidadosos con lo que ponemos dentro de esas mentes. Hay una expresión proveniente de la programación de computadoras: “basura dentro, basura fuera”. No se necesita demasiada basura (o impurezas) para arruinar una pequeña mente. Como educadores, asumimos una trascendente responsabilidad cuando tratamos con esas pequeñas mentes, corazones y sentimientos.

William Bennett, ex secretario de Educación de EE.UU., en cierta ocasión afirmó que la mayor preocupación en la educación de hoy es el fracaso en la enseñanza de valores morales a nuestros niños y estudiantes. Y tiene razón de estar preocupado. La formación moral de los alumnos es una responsabilidad muy importante de nuestro sistema educativo y es más importante que la certificación de enseñanza [que se exige para poder ejercer la docencia en los EE.UU.], la tecnología actualizada, o las altas notas en los exámenes, aunque todos ellos sean aspectos valiosos. Pero las más importantes preguntas que debemos formularnos a nosotros mismos son las siguientes: ¿Le estamos diciendo a los alumnos que Jesús los ama? ¿Somos nosotros un ejemplo viviente de ese amor? ¿Qué es lo que puede llegar a tener un efecto más prolongado que aquello que meramente decimos?

Nosotros los maestros estamos excedidos de trabajo. Nos volvemos impacientes y levantamos la voz. Algunas veces permitimos que la actitud de uno o dos estudiantes afecten todo nuestro programa de enseñanza. Reprendemos a toda la clase por la conducta de uno o dos. Esto hace que los buenos alumnos se sientan culpables, pero raramente ello afectará al niño problema. De hecho, tales alumnos a menudo se vuelven insensibles; se irán con su mala conducta y la repetirán una y otra vez.

Estamos tan cautivados por nuestros pequeños intereses y actividades de cada día que hemos olvidado la razón por la que estamos aquí y cuál es nuestro objetivo final. Mientras nos concentramos en nuestro horario y nuestro programa,

nos olvidamos que los chicos tienen problemas que a menudo resultan abrumadores para ellos. Nos olvidamos que necesitan amor y aprobación. Si alguna vez hubo un lugar donde brindarles apoyo y seguridad, ese lugar está en el aula adventista.

Cindy

Tiempo atrás asistí a una reunión de curriculum en cierta escuela secundaria. Estábamos discutiendo sobre guías curriculares y libros de texto cuando el director nos detuvo para contarnos una historia. Cindy, una de sus estudiantes del segundo año había recibido cierto número de advertencias. La chica había sido una buena estudiante el año anterior, pero no había estado entregando sus deberes últimamente. Su mente no estaba en la

escuela o en la tarea escolar.

El director la llamó a su oficina. Mientras hablaba con ella, Cindy le abrió su corazón. Su madre había abandonado su familia durante el verano, dejando tras sí un esposo y tres chicos. Cindy y dos hermanitos menores en edad escolar. Cuando se fue, la madre le dijo a la muchacha, “No quiero volverte a ver nunca más.”

El padre salía cada mañana a las seis para el trabajo que quedaba a cierta distancia del hogar. Cindy levantaba sus hermanos menores, los alimentaba, los enviaba a la escuela, y recién entonces ella podía salir hacia su escuela. Trabajaba tres o cuatro horas cada día después de las clases. Volvía a su casa, limpiaba la casa, lavaba y planchaba la ropa, y hacía la cena para la familia.

Cindy era una estudiante de tiempo completo, empleada, madre y sirvienta. Para colmo de males, una "tía comprensiva" había ido a quejarse de la comida que los niños habían estado recibiendo y a criticar la manera en que Cindy se vestía, diciéndole que debía ponerse un vestido en lugar de pantalones para ir a la escuela.

Sentada en la oficina del director, Cindy rompió en llanto. Ella no quiso ser madre y mucama. Ella quería ser adolescente y estudiante.

Esto había estado sucediendo por meses, pero no hubo un docente que supiera lo que Cindy estaba pasando. Bueno sí, ellos supieron que la madre se había ido, (lo cual fue terrible, claro) pero eso había sido el último verano y ahora estábamos a mediados del otoño, así que todos ya se habían olvidado.

Nos jactamos de ser una iglesia que protege y ayuda. El epítome de una iglesia que cuida de los suyos es el compasivo maestro de la escuela de esa misma iglesia. Y no hubo uno que se enterara o se tomara el tiempo de ver en cuán desesperada situación se encontraba Cindy.

Jim

Todos los profesores conocían a Jim. Era despierto pero perezoso. Molestaba y fastidiaba a sus compañeros. Aunque nunca estudiaba, siempre se las arreglaba para pasar. Raramente aparecía para trabajar. Cuando lo hacía, no trabajaba sino que conseguía que los que estaban con él no hicieran trabajo alguno. Por ello, había sido despedido de varios empleos dentro del predio escolar.

Los primeros dos años habían pasado, pero el tercero era diferente. Su terquedad se volvió maldad. Cometió varios delitos serios y al finalizar el año su solicitud de admisión fue rechazada. La semana anterior al comienzo de las clases, él y sus padres suplicaron que le fuese permitido regresar. Fue aceptado bajo condiciones de estricta prueba.

La actitud de los miembros del cuerpo docente era: "Este muchacho no es bueno, y nunca llegará a ser de algún valor para él, sus padres, la escuela, la iglesia o Dios. Si pudiéramos desembarazarnos de él esta institución sería mejor. Los otros alumnos se pondrían en línea porque verían que mantenemos el control. De hecho, los estudiantes no nos respetan porque le permitimos que volviera."

Jim no había cambiado. Solamente era más listo y prudente. Todo el mundo estaba seguro que iba a cometer alguna

las más importantes preguntas que debemos formularnos a nosotros mismos son las siguientes: ¿Le estamos diciendo a los alumnos que Jesús los ama? ¿Somos nosotros un ejemplo viviente de ese amor?

acción inconveniente y con sólo poderlo pescar, el problema quedaría resuelto.

Entonces, una noche eso aconteció. Lo teníamos. Se había deslizado fuera del internado para salir con unas chicas no adventistas rumbo a la ciudad en el automóvil de ellas. Les pidió que lo dejaran conducir de regreso al colegio. Así fue como volcó y el vehículo quedó abollado. Ahora Jim estaba en serias dificultades con la policía, con los padres de las chicas, y con sus padres—y nosotros teníamos la posibilidad de quedar con la casa limpia. Sólo teníamos que llamar a reunión del personal esa tarde y oficializar la situación.

Durante la tarde, invité a Jim a que pasara a mi oficina. Y allí conversamos. Pasé revista a la larga lista de cosas que él había hecho a través de los años. Le conté sobre la anunciada reunión con el personal docente y su posible resultado. Mientras hablábamos, súbitamente me di cuenta que Jim no era el mismo. Había cambiado; había crecido. Cuanto más lo escuchaba, tanto más me daba cuenta que teníamos algo por lo cual trabajar ahora y que sería una equivocación dejarlo ir. Pero yo era el único que lo sabía.

Entré a la reunión y dije que necesitaba explicar algo. Un miembro del cuerpo de profesores dijo en voz alta: "Bien, pero primero lo primero. Propongo que Jim sea expulsado y llamemos a sus padres para que quede fuera del predio esta misma noche". La moción fue apoyada por un coro de aprobación. De esta forma, el personal docente estaba celebrando. Era el día de júbilo, como si fuera la fiesta de aniversario.

Entonces les conté mi conversación con Jim durante esa misma tarde. Y la discusión se extendió por varias horas.

Hablé, pero ellos no estaban de acuerdo. La decisión quedó pendiente hasta verificar la existencia de una carta que yo había escrito el verano anterior detallando la situación condicional de la admisión de Jim. Si lo había hecho, entonces él quedaba fuera. Si yo no lo había hecho, entonces podría quedarse, pero yo también quedaba en dificultades. Les dije que iría a buscar la carta y continuaríamos con la discusión al día siguiente.

Volví a mi oficina y encontré la carta. Estaba muy claro. Jim había sido aceptado dentro de las previsiones de un plan de estricta provisionalidad. Si hacía alguna cosa mal, quedaba fuera. Volví a mi casa y oré, y pasé la noche dándome vueltas.

Cité a una reunión de profesores para la noche siguiente. En esa reunión leí la carta y expliqué que tenían todo el derecho de decidir lo que habían acordado, pero que como director yo anulaba ese acuerdo.

Es prerrogativa del director decirle a su personal dónde trazar la línea, qué enseñar y en qué orden, y cuándo o no están cumpliendo con su deber. El director tiene control casi total de vidas y almas. Pero hay una cosa que un director no puede controlar dentro de un predio escolar. Y es lo que el personal docente decide sobre qué alumno es admitido y cuál es despedido. Yo había anulado tal prerrogativa. Clausuré la reunión antes de que se dieran cuenta de lo que había sucedido. Fui a mi oficina, llamé al presidente de la asociación, y le conté lo que había hecho.

El resultado fue increíble. Tuvimos el mejor segundo semestre de mis 17 años de enseñanza. Jim vino a mi oficina unos días después y me preguntó si podía organizar una semana de oración estudiantil. No quería desanimarlo, pero tampoco quería decirle que él no podría explicarle al personal y los estudiantes cómo debían vivir sus vidas, después de haber vivido él la suya de la manera que todos sabíamos. ¡Yo prefería que en ese momento Jim mantuviera un perfil mucho más bajo dentro de la institución! Pero le sugerí que planeara algo, que me diera los detalles, y entonces veríamos—pensando que allí terminaría todo. Dos días después estaba de vuelta. Había hecho la lista de los oradores de cada día con los tópicos o temas, tenía los directores de canto, la música especial y los dirigentes de grupos de oración. Tenía todo planeado, desde el domingo de mañana hasta los cultos del sábado.

Tuvimos la mejor semana de oración

de la que yo haya participado. Jim inició los grupos de oración en los internados. Convenció a los estudiantes para salir en equipos para desarrollar actividades durante el sábado de tarde. Por sus propios medios dio vuelta el colegio y para bien. Finalizamos ese año escolar con un clima institucional excelente.

Cuando llegó el momento de su graduación se paró delante de mí. Ambos teníamos lágrimas en los ojos. Sus compañeros le brindaron una ovación poniéndose todos en pie. Jim me levantó y me abrazó muy estrechamente.

Lo vi un año después en la Universidad de La Sierra. Me contó sobre su grupo de oración en el internado y me mostró un papel en el que había impreso una lista de programas para lograr alcanzar espiritualmente los estudiantes del colegio. Era un cristiano feliz. Años después lo vi durante un fin de semana de ex-alumnos. Jim era un empresario exitoso junto con su familia, así como un fiel miembro de su iglesia local.

Yo sé que muchos colegas que leen esto van a cuestionar la anulación del acuerdo tomado por el cuerpo docente. Debo admitir que una cosa así raramente puede ser hecha. La única vez que lo hice resultó exitosa. Después que el año había terminado, varios miembros del personal me dijeron que aunque ellos no lo habían aprobado en aquél momento, el fin demostró largamente haber justificado la acción.

De paso, nunca le conté a Jim que el personal docente había votado que se fuera. Lo que hice fue contarle que merecía irse, pero que yo había convencido al personal de que él había cambiado y también merecía otra oportunidad. Y que yo dependía de él para no venirme abajo.

Karen

Se me pidió hacer algunas exposiciones en una convención de docentes fuera de mi campo de trabajo. Después de la primera reunión, una de las docentes me preguntó si me acordaba de ella. Su rostro me resultaba familiar, pero no le podía poner nombre. Cuando me lo dijo, inmediatamente recordé que había sido alumna del último año durante mi primero como director (¡si sólo pudiera olvidar aquel primer año!).

Durante la colación de grados o graduación de ese año, le pedí a cada estudiante que pasara frente a la audiencia mientras yo compartía con el público algunos hechos de cada uno, tales como las responsabilidades que habían cumpli-

*Estamos tan cautivados por
nuestros pequeños intereses y
actividades de cada día que hemos
olvidado la razón por la que
estamos aquí y cuál es nuestro
objetivo final*

do y sus atributos personales. Karen súbitamente me preguntó si me acordaba qué es lo que yo había dicho sobre ella durante su graduación. Esto había sido 18 años antes y como había seguido esta práctica por diez años, es de imaginar el farrago por el cual mi mente estaba atravesando en ese momento.

Antes de que pudiera hablar, Karen me recordó que yo había dicho que ella tenía la sonrisa más bonita de todo el predio escolar, y que la exhibía y compartía con todo aquél con el que ella se encontraba. Me contó que recordaba lo que había dicho en aquella ocasión durante las mañanas al conducir su vehículo rumbo a sus clases. Antes de salir de su automóvil, siempre oraba para exhibir su sonrisa todo el día y que sus alumnos no la vieran nunca sin ella.

He pensado en Karen muchas veces desde entonces... cuánto pudo afectar su vida diaria una breve declaración expresa-

da tantos años atrás y los centenares de vidas que habría tocado como resultado. He pensado con remordimiento en las veces en que fui insensible con un estudiante, cuando desanimé a mis alumnos, cuando los puse fuera de lo que estaba enseñando, fuera de mi influencia como amigo y consejero, fuera de la iglesia. Algunas de esas situaciones aún me persiguen. He estado buscando ex-alumnos tratando de enmendar errores.

Como educadores adventistas tenemos una tremenda responsabilidad. Las palabras que usamos, el tono de nuestra voz y la enseñanza indirecta que ofrecemos tiene por lejos muchas más implicaciones que la materia de estudio que estamos presentando. Como docentes adventistas, no estamos manejando cortadoras de pasto para vivir. No martillamos clavos o reparamos cañerías con goteras. Nosotros tratamos con mentes: jóvenes incontaminados, mentes impolutas que están abiertas al amor que Jesús siente por ellos, como ilustración de lo que debe ser nuestro trato con todos ellos. Algunos pueden ser insensibles a nuestros esfuerzos. Sin embargo, la gran mayoría responde al amor de Cristo cuando es demostrado en la vida de un dedicado y afectuoso maestro. ¹⁶

El Dr. Don L. Weatherall es Director asistente de Educación Secundaria en la Oficina de Educación, en la División Norteamericana de la Iglesia Adventista. Escribe desde Lilburn, Georgia, EE.UU. Este artículo está basado en un devocional que el autor ofreció durante una asamblea docente de la Asociación de Carolina, EE.UU., en agosto de 1994.
